

del sacramento, guardaba la huella de su educación y de sus recuerdos de familia, y, sobre todo, era demasiado leal para que no le repugnaran las tristezas y la mancha del adulterio.

Pero Ely había tenido el cuidado de impedir que volviese á ver al Archiduque después de la terrible escena, y el Príncipe no aparecía en la imaginación del enamorado más que en la forma de un déspota y un verdugo. Su mujer no era mujer, sino su víctima á la que el joven compadecía demasiado apasionadamente para que esta compasión no fuera más fuerte que todos los escrúpulos, tanto más cuanto que él había encontrado sin cesar, durante aquellos quince días, en su amiga la huella de la rebelión contra un indigno espionaje, el de aquel siniestro Barón de Laubach, el ayudante de campo con mezcla de Judas, y era preciso que, realmente, aquel policía voluntario obsesionase á Ely con su odiosa vigilancia para que su recuerdo apareciese en la mente de la joven en aquel momento en que se olvidaba de todo, excepto de aquel cielo, de aquel mar, de aquel barco como suspendido entre uno y otro, y de aquel amante extasiado que la decía:

—¿Se acuerda usted de nuestra inquietud hace tres días, cuando el viento era tan fuerte que pensábamos que el yate no partiría? Tuvimos la misma idea; la de ir á la Croisette para ver la tempestad. Yo la hubiera dado á usted las gracias de rodillas al encontrarla con miss Marsh...

—Y después creyó usted que yo estaba enfadada porque pasé sin hablarle casi... Acababa de ver el perfil de Yago Laubach. ¡Ah! ¡Qué encanto pensar que

todas las personas que están aquí, á bordo, son amigos, incapaces de una perfidia! Marsh, su sobrina, Adriana... son el honor mismo. Los Chesy son ligeros, frívolos, pero no villanos. La vecindad de un traidor, hasta cuando no se le tiene miedo, estropea los momentos mejores... ¡Y qué triste sería que me acibarasen éste!

—¡Cómo lo comprendo!—respondió él dirigiéndola esa mirada delicada y tierna del que se encuentra acorde con la persona á quien ama—. ¡Soy lo mismo que usted! La presencia de una persona despreciable me oprime físicamente el corazón. La otra noche, cuando encontré en su casa de usted á ese Navajero, del que tanto me ha hablado Corancey, sentí envenenado el placer que la visita me proporcionaba; y, sin embargo, tenía allí aquella querida y dulcísima carta que usted me había escrito la víspera: «*Por mucho que me ame usted nunca será bastante.*»—Después, soñador y siguiendo el curso de su pensamiento, continuó: —Es extraño que todos no opinen lo mismo respecto á este punto. Para ciertos seres, á veces personas excelentes, el hacer constar la infamia humana es casi una alegría. Yo tengo un amigo que es así: Olivier Du Prat, del que ya he hablado á usted, y al que usted ha conocido en Roma. Nunca le he visto más alegre que ante una villanía bien clara. ¡Lo que me ha hecho sufrir con esto! ¡Y era un hombre delicado, de noble corazón, de gran talento!... ¿Puede usted explicarse esto?

¡El nombre de Olivier pronunciado así y por la misma voz que conmovía hasta el fondo el corazón de Ely! ¡Qué respuesta al suspiro que acababa de

lanzar la amorosa mujer, al apasionado deseo de que aquel instante divino no fuera envenenado! Apenas pronunció Pedro aquellas sencillas palabras, disipóse el encanto. Sintió Ely un dolor tan intenso mezclado á su alegría, que casi la hizo lanzar un grito. No estaba más que en el comienzo de su novela de amor, y ya se realizaba lo que su fiel amiga Luisa Brión le había predicho. Había encerrado en el extraño infierno del silencio, que debe rehusarse como el más terrible de los peligros, el alivio de la confesión. ¡Cuántas veces ya, en parecidos momentos, un recuerdo semejante había evocado repentinamente entre ella y Pedro la imagen del antiguo amante!

Tan pronto como Pedro, alegre y ligeramente, había nombrado de pasada á su mejor amigo — y como la Baronesa no había creído deber callar que le había visto en Roma —, dejábase arrastrar por este recuerdo, sin sospechar que cada una de sus palabras hundía un puñal en el corazón de la pobre mujer. Al notar lo mucho que Pedro quería á Olivier — un cariño igual al que éste profesaba al primero —, ¿cómo no había de sentir de nuevo la constante amenaza suspendida sobre ella? Y entonces, como al presente, sentía una angustia infinita, como si toda la sangre de sus venas se marchase por invisible y profunda herida. Otras veces no era preciso que el temido nombre se pronunciase en la conversación de los dos amantes. Bastaba con que el joven, en el curso de una de esas conferencias íntimas que ella multiplicaba tanto como las conveniencias sociales lo permitían, expresase ingenuamente su opinión sobre alguna aventura galante referida por la crónica de la cos-

ta. La Baronesa insistía entonces para que él hablase, á fin de medir mejor la profundidad de su intransigencia moral. Mucho hubiera sufrido si él cambiase, pues entonces no sería ya la noble y pura conciencia no bastardeada por la vida; pero sufría al mismo tiempo porque sintiera como sentía, pues sin sospecharlo la condenaba en su pasado. Si la Baronesa insistía ansiosamente para que Pedro descubriese el fondo de su pensamiento, y en éste leía la siguiente idea, tan natural en un alma virgen: «Si todo es perdonable al amor, nada es perdonable al capricho; y una mujer de corazón no puede amar dos veces.» Cuando Pedro pronunciaba alguna de estas frases, que indicaban una fe absoluta é inocente en la unidad del verdadero amor, invencible é implacablemente Olivier aparecía ante la desdichada mujer. Donde quiera que estuviesen, en el silencioso patio sembrado de hojas de camelias, bajo los pinos sonoros de la quinta *Ellen-Rok*, en la pradera de la Napoule, donde los jugadores del *golf* se dedican á su diversión favorita, toda la maravillosa naturaleza del Mediodía desaparecía de su vista, las palmeras, los naranjos, el cielo azul, el luminoso mar y aquel á quien amaba. No veía ante sí más que los crueles ojos y la irónica sonrisa de su antiguo amante. En su alucinación, oía que éste hablaba con Pedro.

Entonces desaparecía su dicha, entornábanse sus párpados, su boca se abría para aspirar el aire, sentía en su pecho la sensación del pinchazo de una aguja, alterábase su rostro; y como en el momento presente su inconsciente y tierno verdugo la preguntaba: «¿Qué tiene usted?», con una solicitud que la deses-

peraba y consolaba á la vez, ella respondía, como ahora, con una de esas insignificantes mentiras que el amor verdadero no perdona. La sinceridad completa, total, es para un corazón que siente una necesidad casi física, como el hambre ó la sed. Tratábase de un engaño inofensivo, y, sin embargo, Ely sintió de nuevo la impresión del remordimiento al explicar su repentina transformación.

—Es que he cogido frío. ¡Llega la noche tan pronto en este país, y es tan brusco el cambio de temperatura!

Y mientras el joven la ayudaba á ponerse un abrigo, dijo con acento que contrastaba con la insignificancia de sus palabras:

—Vea usted cómo ha cambiado el mar al descenso del sol... Repare usted en el color sombrío, casi negro, que ha tomado el cielo... Está aún muy hermoso, pero con una belleza donde se siente que llega la sombra.

En efecto; por uno de esos fenómenos atmosféricos que más llaman la atención en Provenza, la radiosa tarde se interrumpía repentinamente, y la noche llegaba de un modo brusco, en algunos minutos. La *Jenny* continuaba avanzando por aquel mar siempre en calma; pero los mástiles, las vergas, la chimenea alargábanse en sombras desmesuradas, y el sol, casi al ras del horizonte, no enviaba ya rayos bastante calientes para disipar la especie de vapor indistinto y helado que subía, subía cada vez más. El azul de aquel mar inmóvil tornábase negro, mientras el azul del cielo, sin una nube, palidecía, se enfriaba, por así decirlo. Después, y no menos bruscamente, cuando

el globo del sol tocó el horizonte, el incendio de la puesta estalló repentinamente sobre aquel cielo y aquel mar. Toda la costa había desaparecido, de forma que los pasajeros del yate, que habían subido al puente, no tenían ante sí más que el agua y el cielo, esas dos inmensidades sin forma ni contorno, en donde la luz prodigaba sus resplandores mágicos, proyectándose en sábanas de un rosa pálido y transparente por una parte, esparciéndose en olas de púrpura color de sangre por otra, y en las de más allá en verde esmeralda y en violeta de amatista, solidificándose más lejos en colosales pórticos dorados; y esta luz palpitaba con el mar, se dilataba en el espacio infinito, y siempre bruscamente, cuando el sol se hundió en las olas, desvaneciéndose como había aparecido, dejando de nuevo el mar azulado, casi negro, y negro el cielo, esta vez bordeado por una franja del naranjo más intenso.

Las primeras estrellas comenzaron á aparecer; encendiéronse los fuegos del yate, iluminando su masa, cada vez más sombría, y que llevaba en la noche un corazón de mujer, en el que se había reflejado durante el día la divina serenidad de las horas claras, y en el que ahora se reflejaba toda la melancolía de aquel rápido y triste crepúsculo.

Aunque no fuera supersticiosa, Ely había sentido que aquella repentina invasión del luminoso paisaje por las tristezas de la noche, se parecía mucho al obscurecimiento de su cielo íntimo por la repentina evocación del pasado. Esta analogía habíala hecho más punzante la contemplación de aquella tragedia de la puesta del sol, de aquella batalla entre las últi-

mas luces del día y la sombra de la noche. Por fortuna, la magnificencia del espectáculo había sido tal, que hasta las almas ligeras de sus compañeros comprendieron su solemnidad. Nadie pronunció una palabra durante los instantes que duraron aquella apoteosis y aquella agonía de la luz en el horizonte occidental. Ahora Ely hubiera querido partir, huir muy lejos..., huir hasta de Hautefeuille, cuya presencia le causaba miedo. Sí... Ely temía que su emoción la llevara ante él á una crisis de llanto que no podría explicar. Pedro se aproximó á ella, que le dijo:—Es preciso que se ocupe usted algo de los demás. Y púsose á recorrer el puente de arriba abajo, y de abajo arriba, acompañada de Dickie Marsh. El americano tenía la costumbre de pasear un rato á bordo, todos los días, paseo que hacía con el reloj en la mano. Miraba la hora..., paseaba de una punta á otra en una extensión medida de antemano, durante el tiempo que se marcaba como medida higiénica.—En Marionville—decía á menudo—, la cosa es fácil y cómoda: los *blocks* tienen cada uno media milla exactamente. Cuando ha pasado usted ocho, sabe que ha andado cuatro millas, y su *constitutional walk* está hecho.—Generalmente, mientras cumplía este noble deber del ejercicio, Marsh permanecía silencioso. Era el momento en que imaginaba alguna de las combinaciones destinadas á promoverle al rango de billionario. Ely, que conocía esta particularidad, pensaba que, paseando con el potentado de Marionville, ni uno ni otro hablarían palabra, y creía que aquel paseo puramente mecánico calmaría la agitación de sus nervios. Pasearon durante unos diez minutos sin

hablarse; en efecto, transcurridos los cuales, Dickie Marsh, que parecía más preocupado que de costumbre, preguntó súbitamente á la señora de Carlsberg:—¿Le habla á usted Chesy alguna vez de sus asuntos?

—Alguna vez—respondió la joven—, como á todo el mundo. Sabe usted que tiene la manía de creerse la primera fuerza de la Bolsa, y que lo repite con gusto.

—¿Le ha dicho á usted que se prepara á especular sobre los metales, con la idea de triplicar su capital?

—Es probable... Pero yo no se lo he oído.

—Yo sí—dijo el americano—, hace un momento, después del té, y todavía estoy agitado. Sin embargo, yo no me afecto gran cosa. En el momento actual—continuó, mirando á la linda señora de Chesy, que hablaba con Hautefeuille—, la encantadora vizcondesa Ivona está sin duda arruinada, lo que se dice arruinada, absoluta, radicalmente.

—¡Es imposible! Chesy se aconseja de Brión, del que he oído siempre decir que es el hacendista más fuerte de estos tiempos.

—¡Phs!—dijo Dickie Marsh—. No serviría más que para un bocado en *Vall Street*. Para los negocios de esta costa sirve. Por esto precisamente—añadió con profunda ironía—, porque el señor Brión aconseja á Chesy, es por lo que este mozo va á dejar aquí el pelo y la pluma. No la molestaré á usted explicando las razones. Pero estoy seguro, tan seguro como de que estamos aquí, que en este instante se produce la quiebra de ese famoso Sindicato minero, del que por lo menos habrá usted oído hablar. Chesy,

según me ha dicho, posee una fortuna de trescientos mil dólares. Perderá doscientos cincuenta mil. Si esto no se ha efectuado ya, sucederá á fin de mes.

—¿Y se lo ha dicho usted á él?

—¿Para qué? Le estropearía esta excursión. Y además, habrá tiempo en Génova, desde donde él podrá telegrafiar á su agente de cambio. Usted, Baronesa, me ayudará á prestarles un verdadero servicio. Usted ha adivinado que si Brión aconseja á Chesy que esté con los *bull*, es porque él está con los *bears*: éste es el nombre que damos á los bajistas. Es lógico. Cada uno mira para sí. Todos los hacendistas que dan consejos hacen lo mismo, y tienen razón. Solamente que Brión se lleva además otra idea. ¿Ve usted á la señora de Chesy con diez mil francos de renta? ¿Comprende usted?

—Innoble es ese cálculo—dijo con disgusto Ely—. Pero ¿cómo puedo ayudarle á usted á impedir la canallada de proponer á esa pobre mujer que sea su querida pagada, pues esto es lo que usted quiere decir para poner los puntos sobre las íes?

—Exactamente—dijo el americano—. Pues bien: yo quería que usted la dijese, no hoy, ni mañana, sino cuando las cosas hayan llegado adonde sé que llegarán: «¿Tiene usted necesidad de alguien para salir del apuro? Piense usted en Dickie Marsh de Marionville.» Yo mismo se lo diría, pero creería que estoy, como Brión, enamorado de ella, y que por esto la ofrezco dinero. Estas francesas tienen mucho talento, pero hay una cosa que no comprenderán nunca, y es que se piense en ellas para algo que no sea el *crimencito*, como la Vizcondesa dice siempre.

La culpa de esto la tienen los hombres de ese país, podrido hasta los huesos, como toda Europa. Si es usted la que le habla habrá un tercero entre ella y yo, y sabrá que tengo otro motivo.

Se calló. Había frecuentemente explicado á la señora de Carlsberg el parecido, tan conmovedor para él, de Ivona de Chesy con su hija muerta, para que aquella pudiera engañarse sobre el secreto motivo de aquel extraño interés y de aquella aun más extraña proposición. En el Nabab de Ohío, de imaginación colosal, había rasgos de romanticismo, casi de fantasmagoría á lo Monte-Cristo, tan singulares, que Ely no sospechaba de su sinceridad; y como ella era también excesivamente romántica, no le asombró el caso. La idea de ver aquel lindo y encantador rostro, hermano del que él tanto amó, azotado por la inmundicia lujuriosa de Brión ó de algún otro por el estilo, causaba horror á Dickie Marsh, y para impedir este sacrilegio empleaba el medio que le parecía más práctico. No se asombró Ely de las contradicciones de conciencia que hacían que Marsh el especulador encontrase natural la deslealtad de Brión, en lo que al negocio se refería, mientras el anglosajón se rebelaba contra el solo pensamiento de un adulterio. No; no fué asombro lo que sintió la señora de Carlsberg ante aquella inesperada conferencia. Conmovida y nerviosa ya, fué una nueva sensación de tristeza. En tanto que ella y Marsh paseaban de un extremo á otro del yate, hablando así, Ely oía á Ivona reír alegremente con Pedro. También para aquella niña el día había sido delicioso, y, sin embargo, la desgracia avanzaba á ella desde el fondo del insondable abismo

del destino. Fué esta impresión tan intensa, que, llevada por un impulso irresistible, dejando á Marsh, Ely se dirigió á la joven, y la abrazó con tal ternura que hizo exclamar á la última:

—Está bien. Usted es tan buena para mí desde que me ha descubierto...

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que en otra época no sospechaba usted que bajo esta chiflada Ivona se oculta una personilla honrada... La hermana de Pedro lo sabe desde siempre.

La linda joven mostró, al hacer esta confesión, unos ojos tan claros, en los que se leía una conciencia tan noble, que Ely sintió que su corazón se oprimía aún más. Ya era de noche, y la campana había dado el primer toque para la comida. Ahora los tres fuegos, el blanco, el rojo y el verde, brillaban con resplandores de piedras preciosas á babor, á estribor y en el palo de mesana. Ely sintió que un brazo pasaba bajo el suyo; el de Adriana Bonnacorsi, la cual la decía:

—Es preciso bajar á vestirse, y es lástima; se pasaría la noche aquí soñando.

—¿No es verdad?—respondió la Baronesa, que pensó:—Al menos ésta es feliz.—Y añadió en voz alta: —En esta comida se despide usted de la vida de viuda, y es preciso estar bella. Pero ¡qué emocionada está usted!

—Pienso en mi hermano—dijo la italiana—, y esta idea me oprime como un remordimiento; y además, también pienso en Corancey: tiene un año menos

que yo. Esto hoy no significa nada, pero ¿y dentro de diez años?

—También ella siente la amenaza del porvenir—pensaba Ely un cuarto de hora más tarde, mientras su doncella terminaba de vestirla en la cámara de honor que se había dispuesto al lado del salón de la muerta—. ¡Qué miseria! ¡Y todo el mundo tiene su parte! Marsh vive con un disgusto del que jamás se consuela. Los Chesy están bajo el golpe de un terrible desastre. Adriana se dispone á casarse entre temores y remordimientos. Florencia no está segura de casarse con el que ama. He aquí el fondo verdadero de estas gentes al parecer dichosas. Y Hautefeuille y yo nos encontramos con un fantasma entre los dos, que él no ve pero que yo veo claramente, y que mañana, pasado, dentro de algunos días, será un hombre vivo, que nos verá, al que yo veré, que hablará..., ¡que le hablará!

Presas de aquella melancolía cada vez más profunda, sentóse la joven á la mesa, profusamente adornada de flores costosas, de que el americano gustaba mucho. Veíanse incomparables orquídeas formando tapiz de los matices más dulces. Otras orquídeas formaban guirnaldas en los candelabros y hasta en el globo eléctrico suspendido del techo, y entre aquella prodigalidad de corola de fantásticas formas, brillaban las piezas de orfebrería del tiempo de Luis XIV —el personaje histórico más querido, después de Napoleón, por el demócrata de Ohio, que encarnaba en sí, en este punto como en tantos otros, una de las más asombrosas contradicciones de sus compatriotas—. Y el ruido de los cristalinos vasos, la preci-

sión del servicio, la delicadeza de los manjares y de los vinos, el lujo de los tocados de las mujeres, acababan de dar de aquel sitio, desde cuyas ventanas se veía el mar, siempre inmóvil y acariciado ahora por los pálidos fulgores de la luna, un carácter de refinamiento completo. Marsh había ordenado que se aminorase la velocidad del barco, de forma que las vibraciones de la hélice apenas se percibían en el comedor. El momento era tan agradable, que todos los invitados, á pesar de los motivos de tristeza ó inquietud que podían tener, y que el crepúsculo había recordado, sintiéronse poco á poco invadidos por aquel encanto, el dueño del barco el primero. Había hecho sentar á la señora de Carlsberg frente á él, entre Chesy y Hautefeuille, á fin de tener él mismo á la señora de Chesy á su izquierda; y la hablaba, la miraba con una amistad jovial y tierna, donde había indulgencia, protección y un inexplicable fondo de sueño encantado y triste. Resuelto á salvarla del peligro que le había revelado repentinamente la confianza financiera de Chesy, sentía como si pudiera de nuevo hacer algo por la otra, por la muerta, cuya imagen estaba al lado, y esto le alegraba el corazón. Refa de las gracias de Ivona, deliciosa con su traje rosa, un poco excitada por el Champagne seco, y más excitada aún por la sensación de placer que experimentaba, la más peligrosa, la verdadera borrachera de las mujeres. Miss Marsh, sentada entre ella y Chesy, vestida de azul, escuchaba al último hablar de caza, el único asunto en que el gentilhombre era competente, con la profunda atención de una americana que se instruye. Adriana Bonnacorsi permane-

cía en silencio; pero como confortados por la cordialidad que reinaba en torno, sus dulces ojos azules, del color de las turquesas que cerraban su magnífico corpiño blanco, sonreían á sus ideas. Olvidaba las amenazadoras tinieblas del carácter de su hermano y las futuras infidelidades de su novio, para no ver en su imaginación más que la profunda y acariciadora mirada, la boca voluptuosa, los gestos zalameros del joven que dentro de algunas horas sería su esposo. ¡Cómo no había de causar efecto en la baronasa Ely el contagio de olvido que flotaba en aquella atmósfera! El hombre á quien amaba estaba á su lado. La miraba con sus amantes ojos, en los que ella leía tanto respeto en el amor, tanta timidez en el deseo. Hablábala él, diciéndola palabras que esta vez podía oír todo el mundo, pero con una voz temblorosa que sólo para ella tenía. Respondióle Ely al principio; después guardó silencio. De lo más hondo de su ser subía de nuevo, anegándolo todo, una ola de pasión. Los temores del porvenir, los remordimientos del pasado, ¿qué significaban ante la presencia de Pedro, de aquel Pedro al que veía, del que sentía palpitar el corazón, respirar el pecho, moverse el cuerpo, pensar el cerebro, vivir, en una palabra?

Al comienzo de la comida, sus rodillas se habían tocado, y ambos se apartaron por efecto de una vergüenza espontánea ante las familiaridades que el libertinaje premedita. Pero en dos criaturas que se aman existe una fuerza más poderosa que todas las vergüenzas verdaderas ó falsas, que les impulsa á aproximarse, á prodigarse caricias tan vulgares cuando son calculadas, tan románticas cuando son sin-

ceras, tan llenas del poder infinito que el sentimiento comunica á sus más humildes signos. En un momento sus pies se tocaron bajo la mesa. Se miraron, y ni el uno ni el otro tuvieron valor para retroceder. En otro instante, como Hautefeuille dijese una frase que recordaba uno de sus encantadores paseos por Cannes, Ely sintió tal necesidad de dirigirle una caricia, que instintiva inconscientemente, su pie oprimió el del joven. Miráronse de nuevo. Pedro palideció á aquel contacto tan íntimo y que le comunicaba toda la emoción en que ella se consumía. ¡Cuántas veces debía recordarla así, y perdonarla los horribles sufrimientos que sintió por su causa! ¡Ah, divina belleza! Una nube poética cubría sus ojos; su entreabierta boca aspiraba el aire como si fuera á morir. La admirable redondez de su cuello se dibujaba desnuda y sin un collar, y el lazo aparecía fuera del escote del traje negro, de un negro fuerte que hacía resaltar más la blancura de su carne, una carne de delicadeza de flór; y en sus cabellos, que cubrían sencillamente su altiva cabeza, marcando su noble forma, brillaba una sola alhaja, un rubí rojo y ardiente como una gota de sangre.

¡Sí! Pedro debía volverla á ver así con frecuencia, y más tarde, sobre el puente, en la soledad de aquella noche estrellada, de codos en la baranda, mirando al mar, donde las profundas sabanas de agua murmuraban, palpitaban, suspiraban en las tinieblas; mirando al cielo, donde resplandecían los astros de la noche; mirándole á él mientras le decía: «¡Cuánto te amo!»

Él no la había pedido que se le entregara por com-

pleto, y, sin embargo, tan cierto como que en torno de ellos no había más que aquella noche, aquel cielo y aquel mar, Pedro sabía que la *hora* había llegado, y que aquel mar, aquel cielo y aquella noche eran los místicos, los solemnes testigos de sus secretos desposorios. Y más tarde aún, cuando todo dormía en el barco y él entró en el cuarto de Ely, ¡qué instante para recordarle hasta la muerte, el en que ella le cogió en sus brazos, sobre su corazón, para tenerle así hasta la mañana, atenuada la luz de una lámpara que alumbraba apenas el sitio en que reposaban uno junto á otro, lo bastante cerca para que él pudiera ver junto á la suya, sobre la misma almohada, la cabeza de su adorada querida, con los ojos extasiados que casi cubrían sus revueltos cabellos! Callaban ambos, como agobiados bajo el peso de emociones demasiado fuertes, y no oían en el silencio de la noche más que la pacífica, la monótona respiración del barco en marcha, y el ruido rítmico del mar contra el casco del mismo, de aquel mar acariciador, cómplice suyo que encantaba, que merecía su primera dicha con su oleaje dulcísimo, bajo el puro cielo, en espera de la tempestad.